



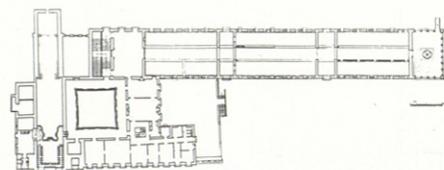
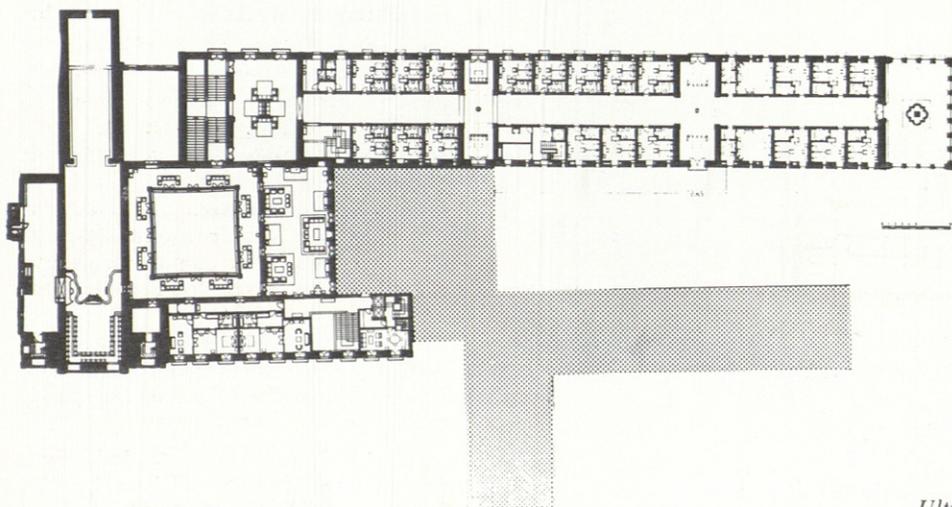
Transformación del antiguo

Convento de Santa Marinha da Costa
Parador de Guimaraes
1976-1985

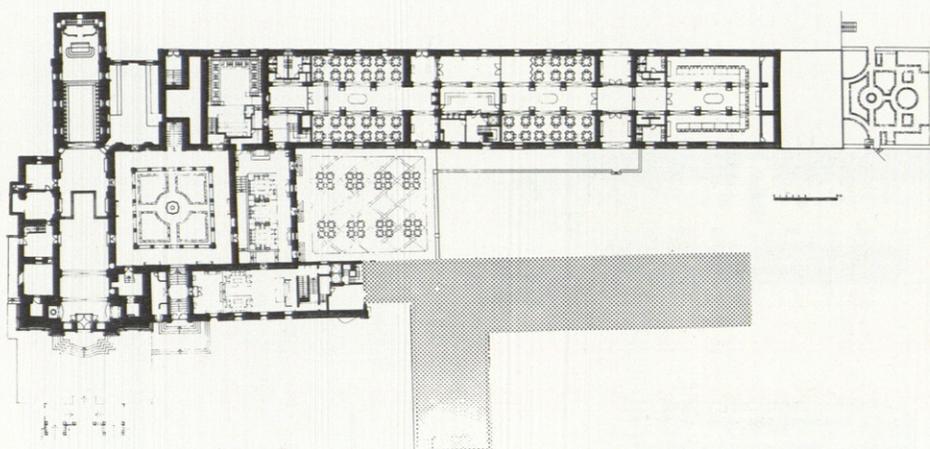
Cuando se decidió la adaptación a parador del convento de Santa Marinha da Costa, el edificio se encontraba abandonado, en un progresivo estado de degradación, como consecuencia de la gran diversidad de usos a la que había sido sometido desde 1834 y más recientemente, debido a su falta de uso.

Pero, aparte de las alteraciones introducidas cuando se usó como vivienda —después de la extinción de las órdenes religiosas—, puede decirse que su estructura fundamental permanece intacta, tal y como quedó después de las últimas grandes obras de los siglos XVII y XVIII: al norte la iglesia, presidiendo la composición y ocupando la cota más

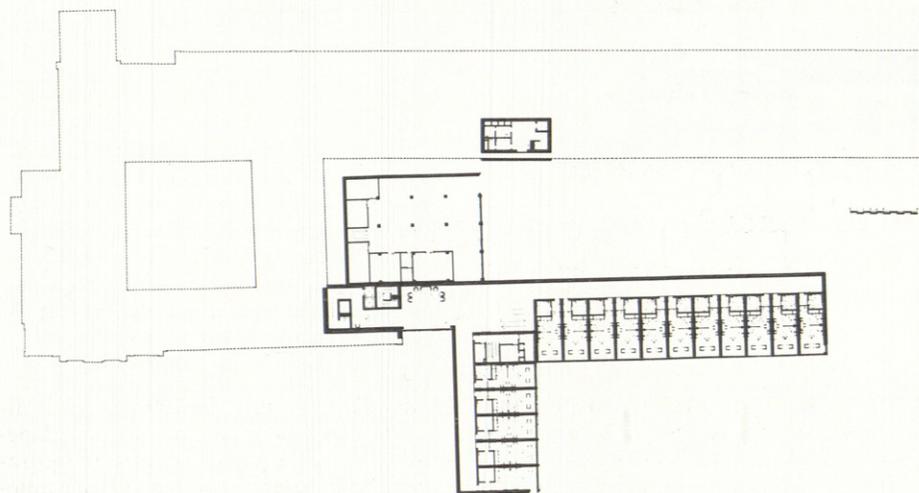
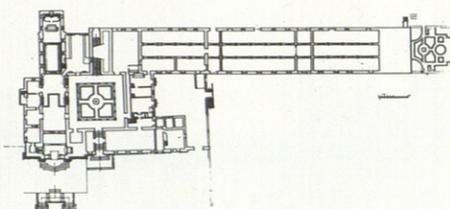
alta. Dos cuerpos paralelos, pero de diferente extensión, se apoyan en la ladera. Hay un pequeño claustro configurado por la iglesia, los dos cuerpos anteriormente citados y un tercer cuerpo perpendicular a éstos. El conjunto está estructurado según un modelo habitual y capaz de crecer en lo que respecta al cuerpo paralelo de menor extensión.



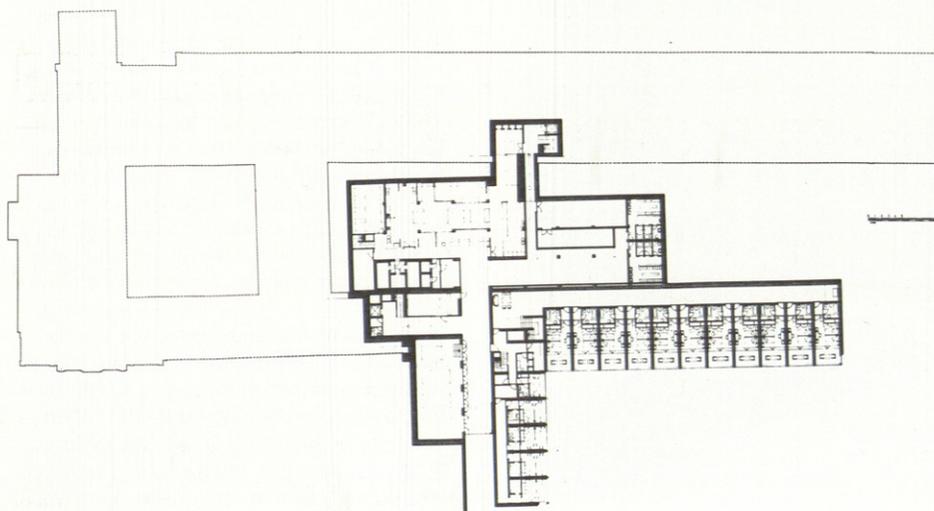
Última planta del edificio. Proyecto y estado primitivo.



Arriba, planta principal del edificio. Proyecto y estado primitivo.



Arriba y abajo, plantas primeras y baja de la ampliación.



Hay en el exterior una bonita escalera frontal a la iglesia y, paralela a ésta, el acceso al convento y un jardín con estanque.

Del espacio interior se mantenían intactos el claustro, la entrada, la escalera principal, la sala capitular y la varanda de Fray Jerónimo. Sin embargo, las celdas se encontraban en completo deterioro, por efecto del incendio ocurrido en 1951 y por las posteriores degradaciones. El resto se encuentra sensiblemente alterado, debido a su adaptación para vivienda.

El proyecto inicial del Parador Santa Marinha se limitaba al aprovechamiento del volumen construido existente, pero, comprobada su baja rentabilidad, debido al número de plazas que tal criterio comportaba, por un lado, y por otro, a la imposibilidad de aumentarlas, sin perjuicio del edificio, se decidió la construcción de un nuevo cuerpo, con el fin de aumentar la capacidad de alojamiento.

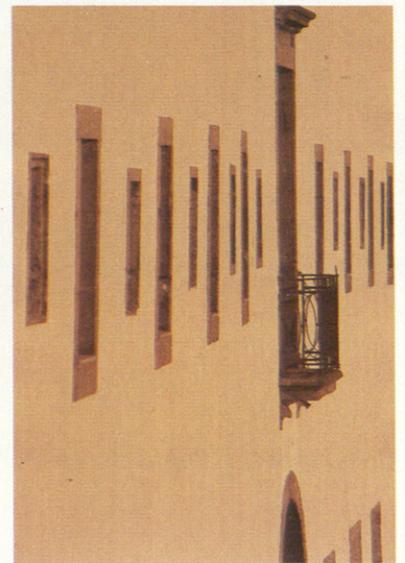
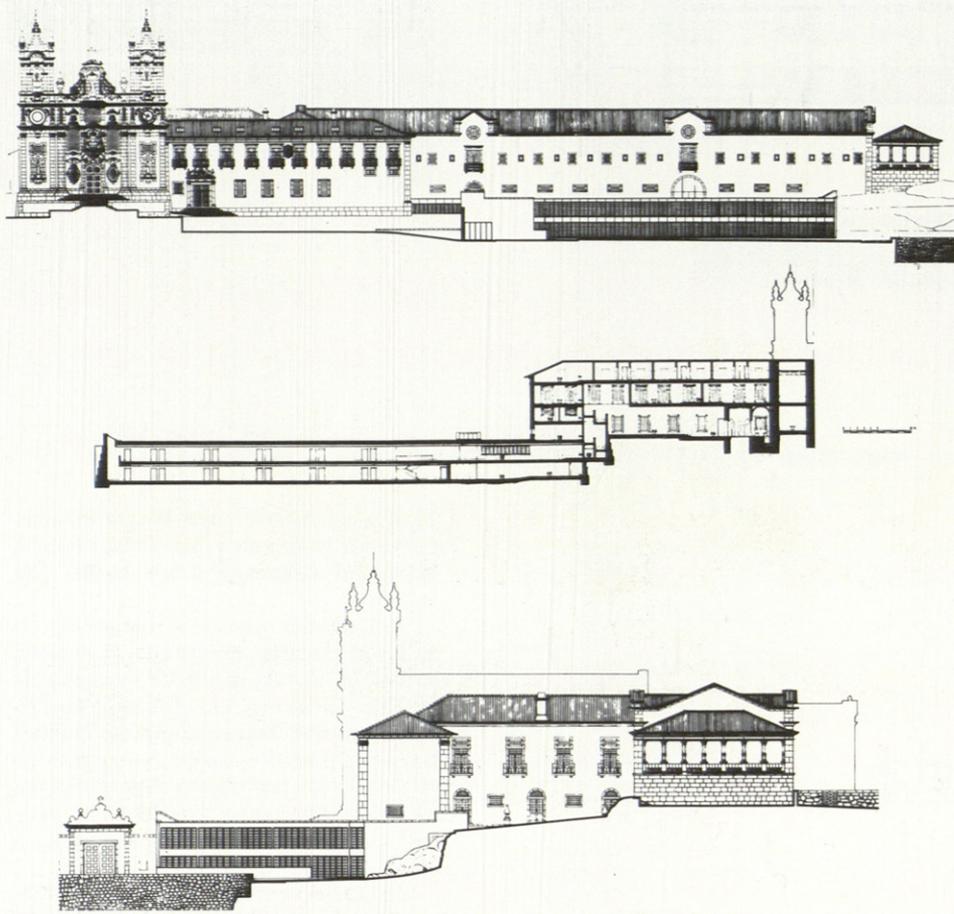
El parador dispone de 22 habitaciones, ocupando la zona de las antiguas celdas, y dos *suites*, todas ellas situadas en el antiguo edificio, capacidad que se incrementa con las 31 habitaciones que acoge el edificio anexo.

En lo que fue convento están situadas la recepción, las salas de estar, los comedores, la discoteca, así como los servicios de administración y la residencia del director. La cocina y los anexos de servicios ocupan una posición en el sótano, con acceso independiente desde el exterior.

Se mantiene una escalera del antiguo convento, que junto con otras dos, una de las cuales sirve de comunicación con el edificio, resuelven los accesos a los distintos pisos.

En el exterior se perfiló el espacio de acceso, paralelo a la escalinata, a través de la construcción del anexo y el garaje, conservando el cuidado jardín.

El edificio fue completamente equipado, en cuanto a los sectores de servicios, mobiliario y decoración.



El criterio general adoptado en el proyecto del parador fue el de *continuar-innovando*; esto es, el de consolidar la ya larga vida del viejo edificio, conservando sus espacios más significativos o creando otros nuevos para su uso actual. Se trata de un diálogo en el que se pretende llegar al acuerdo entre las semejanzas y la continuidad y no cultivar las diferencias y la ruptura. Este diálogo constituye un método por medio del cual se trata de sintetizar las dos vertientes complementarias a considerar en la recuperación del edificio: el riguroso conocimiento de su evaluación y sus valores a través de la arqueología y de la historia y una concepción creativa que avale esos valores en la elaboración del proceso de su transformación. Es cierto que el parador introducirá nuevos usos en el viejo convento, pero también es cierto que “los hombres hacen las casas y las casas hacen los hombres”, lo que justifica el mantenimiento en el edificio actual de una escala y de un ritual de espacios que, conservando la presencia de un pasado que no volverá, se recuerde aquí y se mantenga por la actualidad de su significado y por su capacidad de identificación. Lo que justificaría también una cierta austeridad monástica a través de una gran economía de medios y de una extrema simplicidad en las soluciones adoptadas, tanto a nivel de espacios como a nivel de su tratamiento, decoración y mobiliario, contrariando, por la lección del pasado, cierto consumismo exhibicionista de las formas, de los colores, las materias, que persigue o perturba nuestra vida diaria.



